

provechosas. El que verdaderamente es pobre, y ama de veras la pobreza, procura de hazer lo que ella quiere, y no mas. Què le importa al Religioso, que sus libros estèn dorados, y su habito coçido con seda, pues no le sirven menos los libros sin oro, que con oro; ni la vestidura coçida con hilo, que con seda? Y si lo vno es mas conforme à la pobreza, que lo otro; por què no se ha de conformar con la pobreza? Y asi mismo, por què ha de tener en su celda cosas, que no son tuyas, ni le sirven à èl, y podrian servir à otros? Esta no es demasia, que impide el bien de otros hijos. Tú quieres ser contado entre los pobres en la tierra, ò en el cielo? Si en la tierra, bastate aver hecho voto de pobreza, y que los hombres te llamen pobre. Si en el cielo, no te basta esto; mas es necesario, que seas pobre en las obras, esto es, que quites de ti todo lo que es demasiado, y continuamente hasta la muerte, te exercites en actos de pobreza, y esto es ser pobre Religioso. No son pobres mios, los que quieren tener cosas superfluas. Ni tendrá el premio de pobre, el que no prueba los efectos de la pobreza en la tierra.

DEL VOTO DE LA CASTIDAD.

CAP. XIII.

*Que cosa sea Castidad religiosa,
y qual sea su officio.*

HIJO, si no fuese por la virtud de la castidad, muy mal lo passaria el hombre: porque es la concupiscencia de la carne, de tal condicion, que si no la refrenassen, en poco tiempo vendria à ser vn hombre, aunque fuese de buen natural, y de delicado ingenio, semejante à vna bestia. Porque con el deleyte sensual se ofusca, y de tal manera se ciega el entendimiento de el hombre, que le trae à mil torpezas: y perturbandole, como suele de ordinario, el juycio, y el consejo, le haze despeñar miserablemente. De aqui viene, que el hombre dado à deleytes carnales, pierde la fortaleza en el bien obrar, no piensa, ni habla de otra cosa, que de sus lasçivias, y placeres carnales: de los quales embriagado, querria estar siempre en esta vida, para gozar de sus deleytes sensuales; y asi tiene horror à la otra vida. Ni para aqui la locura del hombre sensual, mas se mueve à odio contra su Criador, por aver en su ley condenado, y prohibido el deleyte illicito de la carne. Mal vive, el que vive sin razon: y peor camina, el que lleva à la sensualidad por guia.

por necesidad, ò por interés propio, ni com-
bidado de otro desigmo humano, sino solo por
agradarme à mi, se privò de los gustos de la
carne. Por lo qual la castidad religiosa, tanto
mas resplandece, quanto la charidad perfecta,
que es su madre, es mas illustre entre todas las
otras virtudes. Tambien de parte del fin, que
se pretende en la castidad religiosa, recibe ella
no poco lustre, y perfeccion. El fin no es otro,
que la honra, y gloria mia, y por esto los Re-
ligiosos se obligan à perpetua castidad; por lo
qual crece en grande manera el culto divino.
Por donde no es maravilla, si la castidad reli-
giosa tiene el principado entre las otras casti-
dades. Quanto la castidad recibe mas lustre, y
perfeccion, tanto mas la comunica à sus ama-
dores, y poseedores.

6 Luego, hijo, pues la castidad es tan dig-
na, y excelente, no me contento, q̄ tú la ames
como quiera; ni me basta, que tu seas zeloso
de ella, guardandola como cosa de estima, y
que mucho amas: mas querria, que fueses tan
devoto de ella, como de cosa sagrada, y à mi
agradable: y sabe, que yo soy particularmen-
te amador del corazon casto, y puro, y le amo
tanto, que no solo reposo en él con señalado
gozo enriqueziendolo con varios dones, sino,
que tambien no ay cosa, que él me pida, que
no la alcance de mi, graciolamente. Y solo
este

aquesto devria bastar à qualquiera Religioso,
para hazerle, q̄ se enamorasse de aquesta pie-
dra preciosa celestial; la qual no solo resplan-
dece en la tierra, entre las virtudes, mas tam-
bien particularmente en el cielo, en las coro-
nas de los bienaventurados. Quanto tú amas
mas la castidad, tanto mas eres amado de Dios:
por lo qual, si no la puedes amar tanto, quanto
ella merece, amala quanto mas pudieres.

CAP. XV.

*Quanto convenga, que los Religiosos
sean castos.*

SEñor, bien conosco yo, q̄ conviene à vues-
tro siervo ser casto, aviendose hecho por
medio de los votos todo vuestro, y consa-
grado à vos, fuente de toda pureza. No con-
viene, que debaxo de cabeza limpia, y pura,
aya miembro manchado. Peto no sé, como
pueda defender la castidad, estando su enemi-
go en casa; el qual siendo ayudado de dentro,
y de fuera, se haze tan atrevido, y tan fuerte,
que yo no hallo camino para escapatia de sus
manos.

2 Ya sabeis Señor, quanto persigue aques-
ta carne insolente à la pureza de mi anima.
Sabeis quantos asaltos le dà, alsí de noche, co-
mo de dia. Y aquesto no me espanta, mas me
haze dudar el ser este fiero enemigo fomenta-
do,

nencia religiosa, summa perfeccion, y summa excelencia.

Segun esto, la ley de la castidad manda, que la continencia religiosa exercite tres excelentes officios. El primero es, conservar la pureza del cuerpo, y para esto, es muy necesaria la fortaleza: porque siendo la carne tan inclinada à la incontinencia, y torpeza; para tenerla enfrenada, es necessaria fortaleza de animo, para que el hombre, que naturalmente no abortece su carne, antes la ama mucho, y se compadece de ella, no suelte la rienda, y se meta en el lodo de los deleytes sensuales. El segundo officio es, de guardar los sentidos, y para esto es necesario gran cuydado; porque siendo los sentidos faciles, y ligeros, ofreciendose infinitas ocasiones de faltar, si el Religioso no es diligente en guardarlos, facilmente se le vuelan. El tercer officio es, guardar la puridad de el anima, y para esto es necesario mucho recato, para veer, y examinar, què cosas entran en ella; y si es cosa, que la pueda manchar, cerrarle la puerta, y no dexarle entrar: porque mas facilmente se prohíve la entrada, que despues de estar dentro, se pueda echar fuera al que entra.

7 Hijo, esta es ley de la castidad religiosa, estos son sus officios: y si tú quieres que ella te ayude, pues que à aqueste fin la llamaste, es

necessa.

necesario, que tú tambien la ayudes, y dès la mano, para que ella pueda hazer bien su officio: porque de otra suerte seria llamar al medico à casa, y no querer, que tocasse la llaga al enfermo, por temor, que no le diese alguna pena, y dolor. Este no es camino, para que el enfermo sane, mas antes para que empeore. El cuerpo que està acostumbrado à deleytes, se suele quejar de la castidad, q es muy exacta, y rigorosa en executar las ordenes de su ley, que prohíve mucho, y concede poco: mas estas son quejas de enfermos delicados, y sensuales: los quales de ordinario apetecen aquello, q mas les daña, y que si se les concede, les hará daño, y así es mucho mejor negárselo, aunque sea con algun disgusto suyo. Dexa hijo mio, que el cirujano tome en la mano el hierro; porque el mal de la concupiscencia carnal, si no se ataja presto, vendrà à hazer apostema, que huela mal, y sea mortal. Y lo que con vn poco de trabajo no se cura acá, como conviene, vendrà à ser con eterno dolor castigado, en otra parte, como deve.

CAP. XIV.

De la excelencia de la Castidad religiosa.

HIJO, el hombre es compuesto de dos partes, vna se llama inferior, que es de los senti-

sentidos, y toca al cuerpo: otra se llama superior, que es la de la razon, y toca al anima. Quando el hombre fuè criado en el Parayso terrenal, mientras gozò de el estado de la innocencia, gozò tambien de vna grande pax; porque la parte inferior estava sujeta, y obedecia à la superior, de tal manera, que no se atrevia à repugnar à la razon. Mas quando el hombre, por el pecado se revelò contra su Criador, y saliò de aquel dichoso, y pacifico estado de la innocencia; la parte inferior tambien se revelò contra la superior su sehora: y demàs que se ensoberveciò, queriendo ella ser la sehora, tambien disparò: porq̄ no haziendo caso de la razon, comenzò à darle à placeres. De aqui tuvo origen la guerra, que ay entre los sentidos, y la razon; y se turbò la quietud de el hombre, por lo qual fuè constreñido el hombre de llamar en su ayuda à la virtud, para sujetar la sensualidad à la razon, que es su legitima sehora. Pues entre las otras virtudes, vna de las principales es la castidad, la qual entrando en la parte superior de el alma, como maestra prudente ordena, que la parte inferior estè à raya, y obedezca à la razon. Por lo qual, la primera excelencia de la castidad, es, en quanto à ella toca, restituir à el hombre à su primer estado, en el qual fuè criado, y en aquella pureza, q̄ tuvo en el Parayso.

2 Demàs

2 Demàs de esto, la castidad se llama virtud Angelica, porque haze à el hombre semejante à los Angeles, haziendole vivir como Angel: y aunque el hombre, de su naturaleza sea medio entre animales, y Angeles, por participar de vna, y otra naturaleza: y quanto es superior à los animales, tanto es inferior à los Angeles. Con todo esto, quando la sensualidad vence en la guerra, que haze contra la parte superior, sujeta à la razon, y como vencedora altiva, tirando à si la parte superior, haze que el hombre se convierta todo en animal bruto; y de tal manera se embuelva, y abata con las cosas terrenas, y placeres sensuales, que no entienda las cosas celestiales, y como bestia, no guste de las espirituales. Mas quando la castidad entra en el alma, las cosas caminan muy de otra manera. Porque la castidad, primeramente pone freno à la sensualidad, dando las riendas à la razon, para que ella la gobierne, y enderece: despues haze, que el espiritu sea el sehor en el hombre, y esto es ser angelico. Y aunque el hombre es constreñido, por la condision de su naturaleza, à estar atado à la carne, y mientras està en este destierro, peregrinar con ella: con todo esto, por el valor de la castidad, viene à hazer vida angelica, no viviendo segun la carne. Y quien en la tierra vive como Angel, en el cielo replandecerà entre los Angeles.

3 A

3 A mas de esto, la castidad levanta á el hombre á cosas grandes, y maravillosas: assi como por el contrario el vicio de la carne lo abate, á cosas viles. Por experiencia se vee, que quien se dá á placeres sensuales, no procura hazer obras generosas, antes no sabiendo salir de los lazos de la carne, gusta de revolcarse en el lodo de la sensualidad. Y por aqueste vicio, el ingenio de el hombre se haze rudo, y tardo, que no solo no aprovecha en alguna de las buenas sciencias, sino facilmente se olvida, de la que antes avia aprendido. Por el contrario la castidad, como virtud angelica, y celestial, levanta al hombre á hazer cosas magnificas, y hechos generosos.

4 Los Fundadores de las Religiones, si no huvieran hecho vida casta, no huvieran salido con empreñas tan grandes, como es fundar Religiones. Ni los Apostoles huvieran hecho lo que hizieron, en convertir al mundo, y que abrazasse el Evangelio, si huvieran estado atados á hijos, y muger. Aquellos pues, que tienen el espiritu puro, y casto, son mas capaces para ser alumbrados, y ayudados de mi gracia. Son mas aptos tambien, para contemplar en las cosas celestiales, en los atributos divinos, en los espiritus bienaventurados, en la grandeza de la felicidad eterna, y en los bienes, que están aparejados á los virtuosos. Y de aqui es, que

estando el hombre en esta vida mortal con la mente purificada, por la castidad, viene á gozar en parte, de el Parayso.

5 Es tambien no pequeña excelencia de la castidad, que sea tal atavio del anima, que la haze muy agradable á mis ojos: y aunque todas las virtudes hermosean el anima, dandola cada vna particular ornamento: con todo, la castidad preservandola de toda fuerte de mancha carnal, la haze purissima, y bellissima. Assi como por el contrario, el vicio de la carne la haze tan fea, y de mal olor, que no se puede sufrir, aunq̄ diessemos vn imposible. que estuviessen en ella todas las otras virtudes morales. La belleza del cuerpo muchas vezes haze, que se pierda la de el anima: pero la castidad, que es la belleza del anima, demás de que agrada tanto á Dios, haze, que se salve el anima, y el cuerpo. Finalmente la castidad religiosa, demás de que de suyo es digna, y excelente, tiene con todo mayor resplandor, y mayor perfeccion por otras muchas cosas. Primeramente la ilustra el voto, por el qual el Religioso ha renunciado á toda fuerte de placeres carnales, assi del cuerpo, y tentidos, como de la mente, y potencias interiores. Recibe tambien lustre del principio de donde ella nace, que es vn perfecto, y lençillo amor para conmigo, pues que el Religioso, no movido
por

2 La otra condicion de la concupiscencia; es, que no ay bien, que el sensual no desprecie, ni mal, que no cometa, por salir con lo que desenfrenadamente desea. No haze caso de la hazienda, mas por cumplir su voluntad, arriesga quanto tiene, pone su vida en todos los peligros que se ofrecen, no se cura de la salud, no estima en nada la conciencia, ni el anima, por satisfacer à todos sus antojos. Finalmente todas las cosas, assi terrenas, como celestiales, tiene en mucho menos, que los deleytes carnales. No se haga bestia en los afectos, el que no quisiere parecerlo en sus hechos.

3 La tercera condicion de la concupiscencia, es, que jamás se harta; antes crece mas con los deleytes sensuales, y de tal manera se enciende, que no ay calentura, por aguda que sea, que tanto atormente à vn hombre, como ella. Ni ay furia internal, que assi dê bueltas como dà vn luxurioso; el ardor de el qual, es tal, y tan grande, que parece, que no se ha de poder apagar, si no es con la muerte. La carne primero ata, luego ciega, y despues le haze andar à vn hombre al retortero. El que no quiere ser tratado de esta manera, no se haga su siervo.

4 Contra aquesta pestilencial, y desenfrenada fiera, haze guerra la castidad, la qual acude prestamente à ayudar al hombre, quan-

do

do le llama, y valerosamente refrena los impetus de la concupiscencia. El oficio vniversal de la castidad, es, moderar, y reglar todos los apetitos sensuales, legun buena razon, concediendo à cada grado de continencia, lo que conviene, y no mas. Y porque son los grados de la continencia diversos, assi son diversas las licencias que dà, y diversas las prohibiciones, que haze en su ley. El primero, y mas infimo grado, es la continencia de los casados, à los quales prohíbe solamente los deleytes illicitos. El segundo es, de las viudas. El tercero es, el de los continentes, los quales no solo dexan los deleytes illicitos de la carne, mas se privan tambien de los licitos, que pudieran tener si se casaran. En el quarto grado està la continencia virginal, la qual, assi como es la mas perfecta de las sobredichas, assi tendrá mayor premio. Cuya perfeccion està puesta en vn firme proposito, no solo de abitenense de toda fuerte de deleytes carnales, mas tambien de conservar perpetuamente la entereza virginal. El quinto, y mas supremo grado, tiene la continencia religiosa, la qual, aunque en algunos no sea virginal, con todo esso es mas perfecta, que las demás: por averseme consagrado, por medio de el voto: el qual, assi como es acto de excelente charidad, y de la suprema virtud moral, que es la Religion, assi dà à la conti-

nencia

do, y ayudado de fuera por el demonio, y de dentro por los sentidos. Hijo, a questo que tú dices es muy gran verdad, pero no debes desmayar; porque tanto mas grande será tu victoria, y la corona mas gloriosa, quanto es mayor la ofiada, y el poder de el enemigo. Y no te faltará mi ayuda: haz, pues, de tu parte lo que sabes, y lo que puedes en defensa de la castidad, que así avrà quien refrene á el enemigo de fuera, para que no te haga daño.

3 Aora pues, hijo mio, que tú mismo conoces, y confiesas, que conviene mucho á el Religioso mi siervo, ser casto, como yo su Señor lo soy. Sabe, q̄ de la honestidad fui siempre tan zeloso amador, que mis adversarios, que me calumniaron en muchísimas cosas, no tuvieron jamás ofiada de oponerme vna mínima falta contra la castidad. Y que devan de fer tales los Religiosos, su estado lo pide, haciendo ellos profesión de seguirme, y ser imitadores de mi vida: por lo qual, aviendo yo abrazado con muy grande amor, y afecto, la castidad, y tratadola como capitana de la vida espiritual, mucho conviene, que tambien ellos la abracen, y la traten como á señora. Y pues que amo tanto la honestidad, y tengo odio al vicio de la concupiscencia, como quieres tú, que yo pueda mirar con buenos ojos en mi casa, á vn siervo poco honesto? Como pue-

do

do yo sufrir, que me sirva vno, que sé, que tiene el corazon muy suzio? El siervo, que no se conforma con su amo, ni se cura de agradarle, ó no persevera en su servicio, ó si persevera, no gana, y está á peligro de ser echado de casa con su daño, y deshonra. Por ventura, busco yo en mi siervo cosa indecente, ó imposible? Busco honestidad, que no se dexé vencer de la sensualidad, lo qual es cosa honrada, Quiero aquello, que el mismo de su voluntad me ha prometido, que es justicia, esto es, que viva castamente.

4 Demás de esto querria saber, en qué consiste dexar á el mundo. No consiste en no estar debaxo de el cielo, ó no habitar sobre la tierra, ó no vivir en el ayre, porque todo esto es necessario, y comun, así á los Religiosos, como á los seglares. Mas consiste en hazer vida diferente de la que se haze en el siglo. Entre los otros males del siglo, vno es este, de no darse nada por las cosas espirituales, sino entregarse á passatiempos, y deleytes sensuales. El Religioso, pues, que de veras dexa al mundo, conviene, que haga vida contraria, mortificando la concupiscencia, dando de mano á los gustos sensuales, y despreciando quanto el ciego mundo ama, y abraza. En suma, la conversacion del Religioso ha de ser en los cielos, pues ninguna cosa ay, que mas impida la as-

M

cion

Prova
u. l. mo
ta. 3. o.
1. o. 3. 6. 2.
et.

cion de las cosas celestiales, y que mas haga perder el gusto de las espirituales, que la incontinencia. Y por el contrario, ninguna cosa ay, que tanto ayude al perfecto Religioso à hazer vida celestial, quanto la castidad; la qual, conseruando limpio el corazon, levanta à el verdadero Religioso à las cosas divinas. Quanto tu vida se aparta mas de el mundo, tanto la castidad estará mas segura, y te hará, que vivas en la tierra vida celestial, y en el cielo te coronará de gloria.

5 Hijo mio, sabes tú de donde nace, que ningun incontinente, ni aun entre los Gentiles, sea tan descarado, ni tan desenfrenado, que se atreva à hazer cosas lascivas en presencia de otro, sino que la verguenza, de ordinario les haze buscar lugares muy escondidos, y secretos? Nace de la lumbre natural de la razon, la qual les enseña, que todas las obras deshonestas, son muy indignas de el hombre, y por esto huye, avergonzandose de ser visto hazer cosa, que no conviene à su dignidad, y que en tanta manera desdice de la naturaleza racional. Agora, si hazer contra la castidad, desdice de la naturaleza del hombre, mas desdirá en el Christiano, à quien su ley prohibe el vicio de la concupiscencia. Y mucho mas sin comparacion desdirá en el Religioso, que haze profesion de casto, y con voto me ha prometido

metido vivir castamente. Quien en la deshonestidad huye de ser visto de los hombres, no puede huir de Dios, el qual está en todo lugar, y todas las cosas ve.

6 Que por amor mio, vn hombre se humille à otro hombre inferior suyo, y dependa de él, y le obedezca, cosa es honrada, y de gran merecimiento, pues que todo lo que se haze por mi amor, à mi se haze, y à mi me toca el remunerarlo. Mas, que vn hombre de alto estado quiera obedecer con daño, y deshonra suya, à cosas viles, y sus inferiores, y contra mi voluntad, que soy su Señor, no es de hombre, sino loco, à lo menos muy apasionado? Pues, que estado seglar ay mas alto, que el estado del Religioso? Y qué cosa es la sensualidad, sino vna vil esclava de el hombre? Dime agora hijo mio, qual es mas conveniente, que el Religioso tenga à la sensualidad sujeta, siendo su esclava; ó que él dependa de ella, como de su señora? Si aquesto no conviene, luego convendrá, que el Religioso ame, y estime la castidad, la qual sujeta à la concupiscencia, con la razon. Quien se sujeta à quien no deve, es tratado como no querria.

7 Hijo, quien tiene enemigos, necesidad tiene de guarda; y quien tiene enemigos de fuera, y de dentro de su fortaleza, así como está en mas peligro, así tiene necesidad de

mayor ayuda, tanto mayor si los enemigos de fuera, tienen inteligencia con los enemigos de dentro. *Simil.* Quien atalle los enemigos de dentro, y librasse la fortaleza del peligro, qué premio mereceria? Sin duda, que el Señor de la fortaleza le tendria grandissima obligacion, y no avria cosa que le negasse. Hijo, tú tienes vn gran enemigo dentro, que es la carne; y dos fuera, que son el mundo, y el demonio, los quales se entienden entre si, y todos tratan de aprisionarte, y de tomar la fortaleza de tu corazon. Pues, qué obligacion debes tener á la castidad, la qual atando la carne, y los apetitos tentuales, enemigos domesticos, te libra de tan gran peligro? Juzga tú aora, qué estima debes hazer de la castidad, la qual, es amiga tuya fiel, y es enemiga capital de todos tus enemigos? Mira si conviene, que tú la favorezcas, pues tú eres de ella tan favorecido, y ayudado? Desagradecido, pues, serás, si no la hazes gobernadora de tu corazon, para que lo tenga limpio, y lo defienda de los engaños de la astuta concupiscencia. Quien no conoce su necesidad, y peligro, no haze caso de quien le puede ayudar, y librar.

CAP. XVI.

De la necesidad, è importancia que ay, en que el Religioso sea perfectamente casto.

HI.

HIJO, en vna cosa blanca, y limpia, la mancha por pequeña que sea, se parece, y quanto la cosa es mas delicada, y candida, tanto mas la mancha se muestra, y mas ofende: siendo la vida religiosa candidissima, y delicadissima, qualquier minimo defecto de la honestidad, se descubre mucho, y ofende á quien la mira.

2 Los seglares tienen á los Religiosos, como á otros tantos espejos de virtud; y el espejo, que no está todo limpio, y no resplandece todo, ofende. En las otras virtudes la falta pequeña, no ofende tanto, ni haze tanto daño al perfecto Religioso, quanto el defecto en la castidad. Que vn Religioso falte en la mansedumbre, con ser algo severo, y colerico, ó que no sea tan liberal, ó que á las vezes se vanaglorie, y no sea perfecto humilde, y semejantes defectos en las otras virtudes, no hazen perder el concepto, que tienen de buen Religioso: pero el defecto de la honestidad, por pequeño que sea, haze perder de todo punto la buena opinion, que se tiene de aquel Religioso. Porque qualquiera prudente tiene para si, que aunque vn Religioso sea algo severo, puede ser, que juntamente sea santo. Y con ser vn Religioso colerico, ó algo curioso, puede estar, q tambien sea pio, y devoto. Pero quando se viene á la castidad, se concluya todo lo contrario,

trario, esto es, que no puede estar la santidad donde ay incontinencia; ni sincera devocion, donde ay vicio de sensualidad: no puede aver espíritu, donde reyna la carne.

3 Demás de esto, los defectos de las otras virtudes, muchos los escusan atribuyendolos, ora à complexion natural, como la colera, ora à buen fin, y sana intencion, como la severidad. Mas el vicio de la concupiscencia carnal, de todos es condenado como infame, y ninguno lo escusa.

4 Todos sienten, que los Religiosos son la sal, y la luz del mundo, como dice mi Escritura; por lo qual es necessario, que se guarden de aquello, que puede impedir, lo que es proprio de la sal, y de la luz: la sal por su natural acrimonia, desecando los humores, preserva de corrupcion; pero si la sal no fuere pura, sino, que estuviere mezclada con tierra, no solo no preservará, sino hará, que mas presto se corrompa: assi si el Religioso fuere puro con sus palabras, y consejos, preservará à los otros; pero si él estuviere tocado de el vicio de la sensualidad, muy aprissa los inficionará con su mal exemplo. La luz tambien, aunque es para alumbrar, y mostrar à los otros los estropezos, y peligros; pero si el pavilo de la antorcha, estuviere suzio, y mojado, más dará humo, que luz. Assi el Religioso, si no fuere

puro

puro de corazon, no solo no alumbrará, sino hará el camino mas obscuro, tropezando él, y qualquiera, que à él se allegare; y al fin antes dará mal olor, que luz. Dificilmente conservará, y alumbrará à los otros, quien à sí mesmo no conserva, ni alumbra.

5 Demás de esto, la vida religiosa es tan delicada, y tierna, que no solo el defecto de la pureza, sino tambien vna mínima sospecha de incontinencia daña mucho al Religioso: porque, que matrona prudente avrá, que quiera ir à tomar consejo, ó pedir socorro a vn Religioso, que es sospecholo en materia de honestidad? No es esta gran miseria, que de vn Religioso confagrado à mi, tengan mal concepto los seglares? El Religioso, que no cuyda de tener buen nombre con los proximos, no hará fruto en ellos. O quanto yerran aquellos Religiosos, que no se guardan de dár ocasion, de ser infamados de tal vicio. Y piensan, que les basta decir, como yo no haga mal, poco me importa que se diga. Harto importa dár ocasion que se diga, pues están obligados, no solo de huir el vicio, sino tambien de guardarse de dár sospecha de él. A quien desagrada el demonio, aun pintado le aborrece.

6 Echar à vno de su propria casa contra razon, no conviene, ni se puede hazer con buena conciencia. Acuérdate hijo, que tu cora-

208

zon es templo mio, y casa mia: yo la fundé, yo la hize, y después reparé, y quanto ay de bueno, y hermoso en ella, yo se lo di. Y para que aquesta mi casa se conservasse limpia, y yo habitasse en ella de continuo, tué dada en guarda à la castidad, como à fiel, y vigilante zeladora de ella. Pues que tú quieres echarme de ella contra toda razon, no lo puedes hazer sin cometer grave sacrilegio; y querer despedir la castidad de tu corazon, por dár lugar en él à la concupiscencia, tampoco lo puedes hazer sin grave pecado. Quien echa de sí à quien le ayuda, y honra, presto vendrá en las manos de quien lo trate como merece. Dime, quando hiziste voto de castidad perpetua, que es lo que prometiste? No te obligaste tú à lanzar de tí toda fuerte de placer carnal, así de el cuerpo, como del corazon? No prometiste tú, de mantenerte en limpieza, y castidad, hasta la muerte? No te parece pues, que es necesario cumplir la promesa, no pudiendo volverte à tras: bien sabes lo que mi Apostol dice: Que quien manchare el templo de Dios, será apartado, y destruido de Dios: y si tú por vn placer sensual me echas de tí, como quieres tú, que yo te reciba en el Reyno de los cielos? Y si por vn gusto, que tan presto passa, manchando tu corazon, traras mal la castidad, como quieres, que ella te lleve à veer à Dios, lo

qual, solamente es prometido à los limpios de corazon? Advierte pues, que no te conviene intentar cosa alguna, por pequeña q sea contra la honestidad? Porque el voto de la castidad, que tú hiziste, es de no ofender la pureza en ninguna cosa, ni grande, ni pequeña.

7 Tambien es necesario, que el Religioso sea perfectamente casto, por la profesion, que tiene de hazer vida espiritual, la qual no teniendo mayor enemigo, que la concupiscencia de la carne, es imposible, que él pueda vivir espiritualmente, si la carne no está de el todo sujeta al espiritu: porque el Religioso, que es de veras espiritual, no solo deve esquivarse del vicio de la carne, sino tambien deve aborrecer todo lo que de la carne nace, ó tiene comunicacion con ella: por lo qual, en echar de sí los malos pensamientos, y representaciones, y sugestiones no limpias, deve ser diligente, y resolutos; en el hablar recatado, y que no diga vna palabra, por minima que sea, que huela à falta de honestidad. No deve mirar cosas lascivas, aunque sea sin pecado, y aquesto ayuda à mortificar la carne. Mas advierte hijo, que algunas vezes la carne se finge muerta, y no solo mortificada, y muestra que está muy sujeta al espiritu, pero entonces el prudente, y espiritual Religioso, deve estar muy sobre sí, porque suele fingir esto, para que la

acaricien, y dèn libertad, y poco à poco procura persuadir al Religioso, que no sea tan fe-
vero con ella, pues ella se contenta de servir
promptamente al espíritu: pero quien en esto
no quiere errar, ni dexarse engañar de la sen-
sualidad, siga el consejo de su Padre espiri-
tual. No te fies de enemigo que finge, porque
fingiendo te haze traycion.

CAP. XVII.

*De la utilidad de la Castidad
religiosa.*

HIJO, en el Evangelio, debaxo del nom-
bre de Eunucos, alabè à los q̄ por amor
mio, de su voluntad hazen voto de cas-
tidad perpetua, que esto es hazerse eunucos,
y castrar se por el Reyno de los cielos: y esto
mismo entendi yo, pues que la persona con
voto, como con vn cuchillo agudo, de vn gol-
pe corta en sí el poder, y las ocasiones de la
concupiscencia, y aetos de placeres sensuales,
siendo así, que lo que yà no es licito, con ver-
dad se dice, que no se puede hazer. Alabando
pues à aquestos mis eunucos castos, añadí: El
que lo puede tomar lo tome: porque sabia, que
no todos entienden la grande utilidad, que la
continencia perpetua acarrea à los Religiosos.
Dexo aqui de decir, que se libran de las infi-
nitas molestias, y viles insolencias de la carne,
la

la qual por qualquier poco dominio, que ella
se toma, haze despeñar, aun à los sabios. Y si
el cuydado de las riquezas es molesto, por la
solicitud, que consigo traen, mucho mas mo-
lesta es la concupiscencia, la qual por estar
dentro de casa, hiere mas de cerca, por lo qual
sus heridas son mas mortales. Callo tambien,
que se libra de las tribulaciones, y pensamien-
tos enfadosos de la casa, los cuales son tan mo-
lestos, que à muchos llevan à desesperacion.
Vn padre de familias ha menester, que tenga
cuydado de la muger, de criar bien los hijos,
de casar las hijas, el pensamiento de la ha-
zienda, ora la aya, ora no la aya, de procurar
la vida, de los criados, y de los esclavos: y
aunque toda la familia sea buena, y modesta,
con todo esso dà fastidio; pues què serà quando
en ella ay muchos malos, è intolerentes. Callo
tambien aqui, que se libran de las sospechas de
la muger, y de las hijas, las cuales, de tal ma-
nera atormentan al hombre, que muchas ve-
zes le ponen en peligro el anima, y el juycio.
Finalmente callo otras infinitas desgracias, y
acaecimientos siniestros, que sin pensar vienen
à las casas, los cuales, todos corren à atormentar
el corazon del padre de familias. Ay de
aquel Religioso, el qual libre de tantos en-
redos, no se perficiona en su estado!

2 La castidad religiosa, primeramente dà